

Archivos conjurados o el conjuro de producción de saberes decoloniales supranacionales caribeños

PRÓLOGO POR MAYRA SANTOS-FEBRES

Publiqué mi primera novela, *Sirena Selenia vestida de pena*, en el 2001. El término *queer* empezaba a utilizarse hacía apenas nueve años, cuando la teórica feminista Teresa de Laurentis lo popularizó en su artículo de *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* (1991). Dicho artículo se unió al reclamo por profundizar en la construcción de un discurso que superara el binarismo identitario sexual imperante —esa dupla «heterosexual/homosexual» impuesta por el patriarcado—, y rompiera con la supremacía de categorías sociales que evitaban dar cuenta de una fluidez de género que era parte de la experiencia humana. No sabía yo entonces que esta novela se podía leer desde un lente *queer*; de hecho, no quería que se leyera solamente desde ese mismo lente, ya que lo *cuir* en la novela no contaba solo la experiencia del género fluido de mi protagonista, sino que la anclaba en un lugar, una

cultura y una cosmogonía y panorama afectivo específicamente caribeños y supranacionales; es decir, en lo que el crítico guyanés Jerome Branch luego denominó «poética malunga» en su fundacional ensayo «Malungaje: hacia una poética de la diáspora africana» (2006).

Durante más de veinte años, observé cómo la novela animaba a múltiples críticos y estudiosos de las culturas y las literaturas caribeñas y latinoamericanas a publicar ensayos y tesis doctorales, y a producir conferencias que se anclaban en la discusión de *Sirena Selena vestida de pena*. La mayoría se circunscriben a la discusión del *performance* travesti, la identidad *queer* o la «caribeña» como una identidad regional que no sobrepasa lo nacional y, por lo tanto, no toma en cuenta la textura de identidades raciales originarias. Así, durante más de dos décadas, *Sirena Selena vestida de pena* requirió del desarrollo de herramientas críticas múltiples y entrelazadas que pudieran mirar interseccionalmente lo que la novela proponía.

Admito que observar cómo racialización, género no binario, migración forzada, memoria y afectividad confluyen en *Sirena Selena vestida de pena* no es cosa fácil. Dicha mirada requiere del conocimiento profundo, reflexivo, de las culturas orales, rituales y performativas del Caribe afrodescendiente y sus diásporas, de una visión experiencial de las cosmogonías espirituales que nos han servido como tecnologías de supervivencia y de un reconocimiento de cómo nuestras intangibilidades culturales han sido invisibilizadas y «primitivizadas» por las prácticas académicas que «nos estudian». Requería, sobre todo, de una mirada que se atreviera a decolonizar la lectura de nuestro tejido cultural y de nuestra manera de crear saberes y sentidos, de una mirada que pudiera abordar «desde adentro» el texto y, por lo tanto, su contexto.

Tuve que esperar hasta que apareciera *Archivos conjurados. Historias de muertos en culturas afrolatines* de la Dra. Solimar Otero para que *Sirena Selena vestida de pena* fuera leída como soñaba que se leyera algún día. La formación heterogénea, múltiple y «fractal» de la Dra. Otero le permite «abrir el secreto» que habita dentro de este texto de forma magistral. Solimar se convierte así en mediunidad, es decir, en el canal para la decodificación de mensajes ancestrales silenciados. Puede ver mi novela en relación, como parte de un tejido

de voces, *performances*, ritualidades y textualidades interconectadas y, a la vez, como un texto específicamente caribeño afrodescendiente. Echa mano de herramientas críticas tanto académicas como cosmogónicas que amplían la discusión de la cultura y la literatura caribeñas de manera fluida, enfocándose en las interconexiones entre lo oral, lo ritual y lo literario. Por ello, es capaz de leer textos fuera de las tradiciones académicas que las categorizan en géneros y en movimientos literarios fijos, que no conversan entre sí, o en discursos críticos que perpetúan una mirada eurocéntrica y colonial sobre dichos textos. Como caribeña y estudiosa de la cultura afrodescendiente de nuestras islas y territorios diaspóricos, Solimar Otero puede leer nuestras novelas, cuentos y poemas como lo que son: conjuros que materializan un *sentí-pensar* que reta la colonialidad del ser, del vivir y del producir conocimientos en el Caribe.

Cuando invoco el término «colonialidad», me refiero a las discusiones del ser y del existir que plantea el filósofo Nelson Maldonado Torres en su célebre artículo «El giro decolonial» (2021) y a la manera en que es necesario decolonizar las prácticas académicas actuales para crear un sistema de referencias y de análisis «otro». Solo desde el «giro decolonial» de nuestras miradas analíticas podremos ver nuestro cúmulo de saberes caribes, cimarrones, migratorios; en tensión y huida con las matrices del poder y en toda su riqueza y complejidad. Para ello se requiere valentía. Dicha valentía epistemológica reta las concepciones de lo que consideramos como «crítica académica». Busca implosionar los binarismos ontológicos que posicionan al sujeto que estudia y al objeto de estudio en opuestos jerarquizados y no en diálogo reticular, cómplice, nutritivo. Dicho binarismo deshumaniza tanto al «observador estudioso» como al objeto/sujeto de estudio. Los nombro a ambos así, «sujeto y objeto», en el masculino «normativo» de la lógica humanística occidental y, por lo tanto, como entes incorpóreos, objetivos (o incapaces de serlo), asépticos practicantes de la observación, la argumentación y la razón (o incapaces de «ello»); sin raza, sin género, sin afectos, sin espiritualidad, sin comunidad, sin preconcepción, sin ideología (o incapaces de trascender su especificidad étnica, de género o de «raza»). Se requiere un compromiso riesgoso y valiente para proponer una práctica de análisis cultural como actividad

afectiva, reparadora, espiritual y encuerpada; capaz de conjurar nuestras epistemologías devaluadas, violentadas y, por eso, «intangibles» («muertas»), para que puedan al fin funcionar como archivos «vivos», alternos a lo «tangible», pero actuando desde lo transfísico; desde ese lugar activo, sitio del amor, donde descansan nuestros muertos, nuestros saberes ancestrales (letrados, «secretos», orales) y nuestro pasado.

Solimar Otero es directora del Programa de Estudios Latinos de University of Indiana, profesora del Departamento de Folclore y Etnomusicología, editora del *Journal of Folkloric Research* y de la serie editorial «Underground Cultures» de Indiana University Press. También es practicante de espiritismo y santería caribeña. Traza el linaje ancestral de una amplia tradición antropológica y de estudios y producción cultural que aúna etnología con vida, espiritualidad e inserción dentro de comunidades afectivas con análisis epistemológico. De esta manera, Solimar Otero rompe con múltiples binarismos. Debemos recordar que la oposición binaria responde al ejercicio de la «lógica de la dominación», tal y como la discute la intelectual pública y poeta bell hooks en sus múltiples ensayos y conferencias, pero sobre todo en su célebre ensayo *All about Love* (1999). Dicha lógica separa y categoriza, crea jerarquías del ser y del pensar. No permite que veamos la «relación» entre disciplinas y experiencias que se viven conectadas y de manera fluida, en interconexión, en afectividad y deseos materializados. En relación, que es decir lo mismo que en amor.

Me detengo un momento en lo relacional como propuesta macroanalítica y fundamento discursivo de *Archivos conjurados*. En *Poéticas de la relación* de Édouard Glissant, se presenta la relación misma entre cultura, territorio, experiencia viva, ancestral, memoria y pensamiento como un ecosistema del ser, del sentir y del pensar en el Caribe, con valor y especificidad propia y no «universal». O, mejor dicho, la relación es otro modelo de lo «universal» que reta la lógica de la «dominación» y propone modelos múltiples de la existencia humana no supeditados ni completamente silenciados por el Modelo Único con pretensiones «universales» del pensamiento eurocentrista. Existen otros modelos de ser, de escribir, de vivir. Solimar Otero propone uno que abrazo, desde el cual vivo, amo, pienso y escribo, luego existo.

Estoy más que contenta de que Solimar Otero sea la perpetradora

de este acto de valentía, de amor y fe. Su libro *Archivos conjurados. Historias de muertos en culturas afrolatines* supone una invaluable aportación a la transformación profunda de ver la vida y la escritura en estos tiempos de dominación y supremacía heteropatriarcal. Su libro me llena de esperanzas, me nutre como pensadora y escritora. Quedo hermanada y agradecida, llena de fuerza y gracia.